

## Gabriel Rebeiz Pizarro

Gabriel —así, en presente, a secas y de tú a tú, porque el derrumbe de la muerte no alcanza las almas— te has ido como un soldado y permanecerás como un soldado. Habías nacido para serlo y moriste siéndolo. Hasta tu misma manera de fallecer —un golpe de sangre que el corazón no pudo resistir— fue militar. No se te podía imaginar muriendo lentamente, agotando la vida en escalonados plazos que la medicina iría alargando por instalamentos convencionales. Moriste fulmineamente como eran fulmineos tu idiosincrasia, tu temperamento, tu convicción, tu encendida pasión de soldado por la patria y tu misión y tu vocación. Pero no era el “fúlmen” de las tormentas tropicales, sino la decidida presteza íntima que te mantuvo en perenne disposición y acción de servicio, a lo largo de treinta años de soldado, iluminado por un relámpago permanente —el de tu noción de deber a todo trance— que engendraba energías en tu corazón vulnereado que a otros hubiera reducido a clínica perpetua.

Te sabías herido, pero esa persuasión del peligro mortal que acortaría tu vida, apenas ampliaba tu

conciencia de ciudadano y de soldado para atizar la ocupación y la preocupación por tus Fuerzas Armadas y alargar el desvelo por la solución de aquella zona de la problemática nacional a tí encomendada. Jamás la certeza de la asechanza artera y proditoria, que te podía emboscar dentro y fuera, disminuyó en un ápice tu voluntad. Antes bien, encendió tu coraje por tus ideales militares en tu tarea de luchar por el orden y la pacificación. Y al irte, la patria te despide de pie, porque tu viviste seis lustros de pie para defenderla y le legas avances muy positivos en el camino de la paz, que fue tu gran empresa y tu gran obra por la nación.

Puedo dar testimonio de tí y tu sabes porqué, y tus amigos lo saben. Te conocí teniente en Chinácota, en tus inverosímiles jornadas para tutelar la seguridad de los caminos, con una consagración al deber, con una dedicación a tu tarea que alguna vez me hizo escribirte: "Tu amas las armas como los avaros aman el oro, amas el deber como los místicos de Dios aman el altar, guardas la ley como los justos de la Biblia celan y cumplen la suya y, de sol a sol y de luna a luna, te entregas a tu profesión como el amante al objeto de sus amores..." La frase tenía la inmadurez literaria de mis veinte años. Pero era cierta.

Te conocí capitán a la cabeza de tu escuadrón de caballería, allanando obstáculos para dar alcance a los perturbadores. Te conocí mayor restableciendo el orden en Cali, la ciudad más desordenada de aquel tiempo. Te conocí teniente coronel comandando tu grupo en Casanare y recuperando para la tranquilidad ese, por entonces, el más violento sector del país. Te conocí dirigiendo tu Escuela de Caballería de Usaquén y acertando siempre en sus misiones de orden público. Y coronel en puestos de mayor dificultad y brigadier general y mayor general en el comando de todas las Fuerzas, y general en el Ministerio de Defensa. Moriste allí, en la plenitud cenital de tu carrera, con la misma pasión de milicia y de patria que había visto relampaguear en el casi imberbe teniente de Chinácota, desprecian-

do todo lo que pudiera interponerse entre tú y tu misión de servicio. Todo, inclusive la enfermedad que te azotaba y que para tí parecía un bandolero más que nunca podría detenerte.

Porque la serviste siempre de pie, la patria te despide de pie como a su soldado. Yo te digo adios de rodillas ante el Dios que fue siempre tu Dios. Cuando, en el seno de El, reanudemos el diálogo, interrumpido hace dieciséis meses por razones que ahora tú entenderás, pero que yo no comprenderé hasta que cumplamos esta nueva cita, te contaré de tus soldados y de tus caballos. Mientras tanto, te lloro con los ojos y con el alma, porque yo siempre lloro por los soldados que se van y por los amigos que no vuelven. Mientras tanto, te prometo que mi pobre pluma seguirá defendiendo a tus hombres y a tus Fuerzas Armadas, con la misma convicción con que hablamos de ellas en los patios de tus cuarteles o en la intimidad de nuestras casas. Vivirás mientras ellas vivan.

GONZALO CANAL RAMIREZ.